

IRUJO, Xabier, 778 *La batalla de Errozabal en su contexto histórico*, Buenos Aires: Ekin, 2018. 168 pp. ISBN: 978-17-172-4975-3.

¿Puede un libro dedicado a describir una batalla ocurrida hace más de mil años, en un rincón no demasiado central de Europa, tener algún interés más allá del que suscitaría entre un reducido grupo de expertos?

En el caso del que se ocupa esta reseña, «778 *La batalla de Errozabal en su contexto histórico*», la respuesta a una pregunta como esa es un «sí» bastante categórico. La razón para esa respuesta es asimismo bastante obvia. O debería de serlo. Un libro que habla sobre la Batalla de Errozabal, o Roncesvalles (su nombre más conocido y popularizado) atrae de inmediato un interés bastante generalizado. En Francia, en el País Vasco, en Navarra...

La razón para ello puede resumirse en que, durante más de mil cien años, hasta la casi total extinción de los regímenes privativos de la foralidad vasca y navarra, la memoria de aquella batalla –llamémosla de Errozabal o de Roncesvalles– fue conservada celosamente y pasada de generación en generación en ese ámbito geográfico como lo que un notable medievalista francés, Georges Duby, llamaba una «victoria fundante» hablando de otra gran batalla de esa época: la de Bouvines en 1214.

Y así es como Roncesvalles, como nos recuerda el mismo autor de «778 *La batalla de Errozabal en su contexto histórico*» –en una introducción de lo más pertinente– ha sido, hasta la actualidad, convertida en objeto de discusión histórica, en un elemento fundamental, que ha saltado, incluso, a grandes medios de difusión cultural del siglo XX como el cómic. Eso en el lado Sur de la frontera pirenaica. En la vertiente Norte de la misma, la fijación sobre Roncesvalles ha sido aún mayor de acuerdo a ese sólido relato histórico habitual en Francia, donde se contrabalancean los fracasos y los éxitos de sus grandes héroes –y heroínas como Santa Juana de Arco– para forjar una Historia grandiosa y, por lo general, de carácter triunfal. Una en la que las derrotas –como podría ser el caso de Roncesvalles para Carlomagno– son sólo un bello acto trágico (y épico) que da más realce, por contraste, a la inevitable victoria final.

El gran mérito de la obra de Irujo es, precisamente, sobreponerse a esa herencia –en su caso casi un legado familiar, como nos explica en las primeras páginas de su libro– y abordar el hecho de esa batalla, de esa victoria fundante, con una admirable labor de análisis histórico que se centra en un repaso a las crónicas generadas en la misma época –o en fecha muy cercana a los acontecimientos– y un impecable análisis y crítica historiográfica de las mismas para tratar de relatar, del modo más veraz posible, qué es lo que ocurrió realmente

–hasta donde eso es posible en la Historia posterior a Leopold von Ranke– en aquel momento del año 778.

A partir de ahí, en efecto, la atención de los lectores –más o menos próximos por lazos familiares o personales a Roncesvalles, más o menos adscritos a alguna clase de saber erudito– queda atrapada en el dinámico relato de los acontecimientos del año 778 –y posteriores– que Xabier Irujo va tejiendo, desmenuzando minuciosamente cada una de las crónicas disponibles sobre la batalla.

La primera sorpresa para muchos de esos lectores probablemente radicará en el capítulo primero del libro, titulado «Vasconia y la Guerra de los Ocho Años (760-768)», pues en él vemos cómo se derrumba –rápidamente– el relato mítico-épico sobre la batalla que tanto predicamento ha disfrutado –durante más de mil cien años– a ambos lados de los Pirineos. A saber: el de que el gran Carlos, el que pretende restaurar el Imperio de Occidente, no pierde a sus mejores caballeros en una emboscada perpetrada por salvajes montañeses vascones, que –aliados a los infieles musulmanes y casi como los míticos «gentiles»– aplastan a pedradas ciclópeas a aquel brillante Ejército, digno de muchas líneas en los cantares de gesta medievales y las famosas novelas «de caballerías». También se desvanece –o desvae– ahí, en gran medida, la versión del lado Sur de los Pirineos que comparte –hasta cierto punto– ese relato mítico-épico exportado desde el lado Norte de la frontera. Si bien modificado para convertir a los «salvajes» vascones en un rousseauniano pueblo amante de sus sencillas costumbres y primigenias libertades –de carácter algo patriarcal– ante un fosco ejército imperialista e invasor.

En efecto, Irujo, como buen profesional de la Historia, huye de ambos tópicos y nos da, ya desde ahí, la clave de lo que nos ofrece, en definitiva, «778 *La batalla de Errozabal en su contexto histórico*». Es decir: un libro de Historia en el que los vascones del siglo VIII se codean, de igual a igual, con la sinuosa Alta Política del momento y, por ende, con personajes característicos de la misma. Como Carlos de Austrasia, más conocido como Carlos Martel. Recordado unánimemente –hasta en sagas de cómic como el famoso «Príncipe Valiente» de Harold Foster– como el general cristiano que detiene, en seco, la imparable invasión musulmana de Europa iniciada en el año 711. Aparecen también en el libro de Irujo, en torno a nombre tan famoso como ese, otros como el de Neustria. Topónimo fundamental en crónicas medievales como la «Historia de los reyes de Britania» del galés Geoffrey de Monmouth que, entre otros, se han visto como lugares totalmente ajenos a esos vascones del siglo VIII sobre los que –como venimos a ver en la obra de Irujo– se ha escrito más leyenda que Historia.

Desde ahí los lectores de «778 *La batalla de Errozabal en su contexto histórico*» descubrirán, en efecto, que esa Vasconia de la época carolingia era, en realidad, otra pieza más perfectamente engastada en el complejo entramado

político que se mueve en aquella Europa altomedieval. Donde se trata de resistir la invasión musulmana y mantener –y extender– los reinos cristianos que surgen del material de derribo de Roma y de la asimilación de los pueblos más allá del *limes* romano por poblaciones romanas –o romanizadas– de antiguas provincias imperiales como Hispania, Galia...

De ese complejo panorama militar y político, que Irujo describe –una vez más– de una manera precisa pero, al mismo tiempo, cautivadora, surge la Batalla de Roncesvalles que, como nos explica de nuevo el autor en los últimos capítulos de su obra, fue algo muy alejado de una emboscada, de una afortunada escaramuza perpetrada por un pueblo apenas civilizado, como se ha repetido hasta la saciedad –y de manera casi unánime– por diversas (y a veces opuestas) razones. Siendo, por el contrario, un muy bien planificado movimiento táctico para tratar de evitar a una Vasconia. con capitalidad en Pamplona, los planes carolingios de convertirla en una posesión más de ese restaurado imperio, en forma de «marca» ante los musulmanes que ocupan buena parte de la Península Ibérica.

Ese es el indudable mérito de este nuevo estudio sobre la Batalla de Roncesvalles que aparece en una renovada (en más de un sentido) Editorial Ekin. Si algún «debe» puede añadirse a éste –como a todo libro de Historia, que nunca son definitivos, sino más bien una vía abierta para nuevas investigaciones– sería en las conclusiones del autor sobre el armamento y aspecto de los vascones que atacarán y plantearán una auténtica batalla campal a las fuerzas de Carlomagno en ese año 778.

Así en el capítulo titulado «*Pavor subitoque tumulto*», donde Irujo se ocupa de ese tema específico, se sostiene que esos vascones vencen a las acorazadas tropas carolingias gracias a su ligera vestimenta –casi de pastores de la Arcadia– compuesta de trajes cortos, abarcas y azagayas. Ese aserto del autor, además de parecer contradictorio con un reino vascón sólidamente organizado y con gran capacidad táctica para enfrentarse a las fuerzas de Carlomagno, se basa casi exclusivamente en lo que dice al respecto la guía de peregrinos de Aymeric Picaud. Muy posterior a los hechos (en casi cinco siglos) y ya señalada por diversos autores como sumamente hostil a los vascos, tratando de hacerlos aparecer (una vez más) como esos «salvajes» que tan a mano quedaban para explicar –en la corte carolingia– la derrota de Errozabal o Roncesvalles. Una imagen, además, desmentida de manera creciente por datos arqueológicos. Como los deducidos de las excavaciones de Aitor Azkarate y otros en Álava, que han revelado la presencia de ajuares y armamento de tipo merovingio en tierras vasconas casi cuatro décadas antes de la batalla. Mucho más sofisticado, desde luego, que lo que describe el apunte de Picaud casi a vuelapluma –y de modo bastante sospechoso– sobre unos vascos vestidos, todavía en pleno siglo XII, de un modo primitivo...

Pero, al margen de esta precisión que quizás sirva al mismo Xabier Irujo para un nuevo estudio ahondando en esta cuestión, si a alguna conclusión final hay que llegar con respecto a «778 *La batalla de Errozabal en su contexto histórico*», es que es un libro ya de imprescindible lectura y fundamental para la Historiografía vasca y navarra. Tanto la medieval como la de época contemporánea en la que –como nos advierte Irujo desde el comienzo de su libro– Roncesvalles sigue alzándose como un pasaje oscuro, equívoco, malinterpretado... de un pasado vascón que, sin embargo, proyecta su sombra sobre la Península y el resto de gran parte de la Europa unida. Esa para la que Xabier Irujo guarda un lógico –y bien traído– recuerdo en el capítulo de conclusiones de su más que notable libro sobre aquella batalla de Errozabal o Roncesvalles. De tan larga memoria y que él, con un también notable trabajo de interpretación rigurosa de las fuentes disponibles, ha logrado poner más cerca de su verdadero contexto histórico.

Es decir: el de una organizada reacción militar por parte de un estado vascón que resiste tanto la invasión musulmana como las ansias expansionistas de la corte carolingia y que poco tiene que ver, por tanto, con ninguna clase de afortunada escaramuza perpetrada por montañeses apenas civilizados e, incomprensiblemente, aislados de todo contacto con unas grandes corrientes de la Historia que, sin embargo, debían pasar (y pasaron) por su territorio...

Carlos RILOVA JERICO

Doctor en Historia Contemporánea (UPV-EHU)